



Capítulo II

Los grandes temas



Del conjunto de obras novelísticas que aluden al tópico multiforme del petróleo o centran su atención en él, sobresalen grandes temas, asuntos dominantes y más comunes, que resumen el enfoque total o al menos elementos suficientes como para una caracterización esencial. Partiendo de la base de la frecuencia de su aparición y la importancia que adquieren en las obras —a veces con expreso énfasis de parte de los autores—, se pasará a continuación a los principales de esos grandes temas, reiterados y significativos.

El cambio perturbador

Tal vez lo que resulta más evidente como primera impresión en la “explosión” petrolera es el contraste entre el ambiente tradicional y el nuevo estado de cosas después del surgimiento inesperado. En particular es un hecho resaltante en los momentos del primer gran auge de la industria, y ya que diversas novelas presentan directamente o aluden a esa etapa inicial, no es extraño que sea ese cambio perturbador uno de los temas más repetidos y destacados en estas obras.

Entre las novelas precursoras del asunto petrolero, aparece *Tierra del sol amada*, de José Rafael Pocaterra, como la primera que alude, en 1918 a los efectos transformadores de la invasión exploradora en territorios poblados por indígenas, quienes se ven obligados a alejarse de sus tie-

rras y a contemplar con asombro la situación modificadora del ambiente (p. 82-84). De nuevo surge una alusión al tema en *Cubagua*, de Enrique Bernardo Núñez en 1931. En este caso a través de la imaginación de Leizaiga, quien piensa en la prosperidad que traería el petróleo a la isla de Cubagua, en medio del ambiente transformado, confuso y agitado: aventureros, embarcaciones que salen y entran, vendedores, viviendas estrechas, bares luminosos, agencias funerarias (p. 76).

Concentrada en hacer una crónica de la vida en los campos petroleros, *Mancha de aceite* (1935), de Cesar Uribe Piedrahita, la primera novela del petróleo propiamente dicha, no se detiene en la presentación de la modificación ambiental. En cambio es allí donde fija particular atención *Mene*, de Ramón Díaz Sánchez, un año después. Buena parte de esta novela se dedica a destacar las transformaciones absolutamente alteradoras del equilibrio y del apacible ritmo de vida de las poblaciones zulianas de Cabimas y Lagunillas y sitios cercanos, ocurridas a partir del petróleo. El cambio en el orden material y en el espiritual origina un verdadero estado de cosas distinto, algo así como un sinónimo del desorden y la corrupción (p. 34). Es de notar en *Mene* una idealización del ambiente pre-petrolero, reposado y casi placentero, a pesar de los excesos del jefe civil y la presencia del despótico avaro Carolino Kuayro.

Actitud distinta revela *Remolino* (1940), de Ramón Carrera Obando, donde no sólo se presenta la nueva descomposición total provocada por el petróleo, sino que además se tiene claro que antes también imperaban la dictadura y el despotismo, y que en el pueblo el jefe civil, en combinación con el presidente del Estado, tenía a manera de negocio la fijación de impuestos y multas que las ocasiones hiciesen posible. Lo que sucederá después es que la gerencia de la compañía petrolera suplantarán en gobierno y en abusos al jefe civil (p. 92).

Este cambio sorpresivo y turbulento es tan significativo¹ que su reflejo se convierte casi en un lugar común en las novelas que en algún sentido aluden a ese momento histórico de la irrupción petrolera: *Sobre la misma tierra* (1943), de Rómulo Gallegos; *Guachimanes* (1954), de Gabriel Bracho Montiel; *Casandra* (1957), de Ramón Díaz Sánchez; *Los Riberas* (1957), de Mario Briceño Iragorry; *Talud derrumbado* (1961), de Arturo Croce. En especial enfatiza la desarticulación a que conduce el proceso repentino de transformación, *Sobre la misma tierra* (p. 79, 80, 83), destacando la locura que se encontraba tras la consigna general: “¡Petróleo o

nada!" (p. 79).

La complicidad interna

Una de las formas más amargas de destacar el carácter corrompido y corruptor de la invasión petrolera desde sus comienzos, es la de señalar la complicidad interna, lo que equivale a decir la intervención de los vended-patrias y servidores a sueldo del mejor pagador. Aquí centran la mayoría de las novelas ligadas al tema del petróleo su principal propósito crítico, subrayando que más lesiona a cualquier sentimiento nacionalista la actitud les, que la de los mismos imperialistas. Estos actúan dentro de lo que se han fijado como objetivos claros para su beneficio, pero aquéllos traicionan a su tierra y venden lo que no les pertenece, todo en nombre de oscuros intereses personales.

Este señalamiento de la complicidad interna se diversifica, por orden de importancia, en las siguientes direcciones: el gobierno, el entreguista de tierras, el abogado servil, el inspector de minas comprado, el médico cómplice y el cura cómplice.

En el primer caso, referente a la manera cómo el gobierno todo pasa a ser un engranaje de la maquinaria petrolera y un auspiciador de la explotación, la denuncia es clara y precisa en gran número de novelas. La primera mención de la complicidad petrolera del gobierno con los hombres que tienen "cuentas corrientes y acciones que se cifran por millones de dólares, por millones de libras y por millones de florines" (p. 838), se encuentra en *La bella y la fiera* (1931), de Rufino Blanco Fombona. Del mismo modo se presenta en *Odisea de tierra firme* (1931), de Mariano Picón Salas, donde se destaca el hecho final: "este petróleo ha enriquecido, a más de los yanquis, a los hijos, sobrinos, yernos y compadres del general Gómez" (p. 144-145).

Esta denuncia de la complicidad del gobierno aumenta de tono y en alcances en *Mancha de aceite*, al hablarse ya de la vasta maquinaria petrolera que se iniciaba en las oficinas de la Compañía, "trepaba hasta Caracas y se enredaba en el Congreso para envolver íntegramente a la nación" (p. 102). En *Mene* se atenúa, y resurge muy vinculada a lo regional en *Remolino*. Vuelve a tomar fuerza en *Guachimanes*, con precisas alusiones al contubernio de las empresas imperialistas y la dictadura imperante. En algunos casos se centra en particulares formas de complicidad: la exone-

ración de impuestos en *Casandra*²; el negocio vil de las concesiones en *Los Riberas*. Mientras se encuentra prácticamente ausente en *Sobre la misma tierra* y casi se oculta fuera de lo muy regional en *Oficina N° 1* (1961), de Miguel Otero Silva.

El entreguista de tierras a los invasores petroleros se separa en dos grandes grupos: el de quienes venden sus propiedades a la Compañía, creyendo hacer un gran negocio –sólo con el afán inmediato de vender bien–, resultan por lo general los primeros engañados y podrían considerarse como representativos del entreguista inconsciente; personaje que ya presente en *Elvia* (1912), de Daniel Rojas, asoma en potencia en Juan de *La casa de los Abila* (1946), de José Rafael Pocaterra, y aparece en *Mene*, *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes*, *Casandra*. Y un segundo grupo de entreguistas serviles, calculadores y conscientes, que sirven de intermediarios simples o compran malamente a los más ingenuos para revender a la Compañía: *Mene*, *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes*, *Casandra*, *Los Riberas*. Cabría aun un tercer tipo de cesionista de tierras: aquel que es forzado a asumir tal papel a través de violentas presiones, como el don Salustiano de *Remolino*.

El abogado servil –importante cómplice– encuentra su primer retrato en *Odisea de tierra firme*, en un sentido general de servidor de las compañías y orador “para los discursos bombásticos de la tiranía” (p. 147). Al personaje se alude en *Mene*, en *Remolino*, y con especial énfasis y en plena actividad en *Sobre la misma tierra* y en *Casandra*. Pero en particular se hace su disección, no sólo en cuanto a sus funciones bien recompensadas sino a su espíritu y sobre todo a sus argumentos y sofismas, en *Los Riberas*, directamente en la pintura detallada de Alfonso Ribera.

El inspector de minas comprado por las Compañías –ciego y sordo ante los excesos y trampas de los magnates petroleros–, parece haber sido todo un tipo, abundante y característico, en la época de las iniciaciones³, aunque su vigencia no desaparezca nunca y sólo sea superada por el traslado de su complicidad a más altos niveles. Sin embargo, únicamente se habla de él en *Remolino*, de manera concreta, y en *Oficina N° 1*, de pasada.

De su parte el médico, no simple empleado de la petrolera sino su cómplice, encuentra sitio en algunas novelas: *Mancha de aceite*, la complicidad general; *Mene*, la resistencia a certificar enfermedades de los obreros para ahorrarle gastos a la Compañía; *Remolino*, las falsas boletas de defunción que atribuyen a enfermedades las muertes por accidente y evitan desembolsos y problemas a los nuevos amos.

Por último, el cura cómplice: teórico de la “peinilla y el taladro” como “los santos caminos de la salvación” en *Remolino* (p. 111), y parte de los instigadores de la represión contra los impulsores de la iniciación sindical en *Oficina N^o 1*.

La expoliación

El gran planteamiento del saqueo petrolero realizado por las Compañías en el país, podría desprenderse como conclusión de casi todas las novelas que abordan el tema del petróleo. Pero en este caso interesa puntualizar dónde aparece expresa de manera concreta dicha situación, dónde se hacen formulaciones claras al respecto; siempre, desde luego, a partir de una actitud condenatoria del despojo.

Referencias a la expoliación y hasta alusión a los vastos planes de apropiación imperialista por parte de Estados Unidos de todas las riquezas naturales de América, están ya presentes en *Elvia*, dos años antes de que comenzase en Venezuela la explotación petrolera en escala comercial en 1914. El tema sigue en ascenso a través de las páginas de *La bella y la fiera* y de *Odisea de tierra firme*, en las cuales sobre todo se destaca cómo se efectúa el saqueo por intermedio del dictador de turno; de *El señor Rasvel* (1934), de Miguel Toro Ramírez, visto por medio de la imagen de la vaca de leche inagotable que alimenta a lejanos y millonarios accionistas; hasta culminar en *Mancha de aceite*, donde los numerosos planteamientos al respecto se van articulando hasta formar, por primera vez, una posición orgánica, coherente, de denuncia de la expoliación y señalamiento de los culpables.

Posteriormente el asunto mantiene lugar destacado, en mayor o menor intensidad en cierto número de obras. Con particular fuerza surge en *Remolino* y en especial en *Sobre la misma tierra*, donde la expoliación determina la coexistencia próxima de la gran riqueza y la absoluta pobreza en el mismo suelo, y en *Guachimanes*, que deja muy en claro la ejecución de la absorción imperialista del subsuelo de una tierra que ya políticamente dominan desde la metrópoli norteña. El planteamiento se mantiene en *Los Riberas*, se atenúa —símbolos y frases ocasionales— en *Casandra* y *Oficina N^o 1*, y se percibe apenas, sin formulaciones explícitas, en *Mene*.

Los negocios turbios

El gran negocio turbio que es la explotación del petróleo en Venezuela, se descompone en variadas etapas y elementos particularmente representativos de la irregularidad total. Entre estos aspectos reveladores de la base corrompida sobresalen: los manejos dolosos de las Compañías para adueñarse de las tierras, hacerse del apoyo irrestricto de las autoridades civiles y desarrollar su aparato de funcionamiento y dominio creciente.

Un primer ejemplo de estos usos habituales de parte de los petroleros viene ya en *Elvia*, la segunda novela de nuestro itinerario, a través de la estafa de que es objeto Enrique por obra del Smith que representa a la Compañía que le compra sus tierras ricas en yacimientos petrolíferos, y quien se las arregla para hacer que el joven firme el documento de venta sin darle el pago correspondiente (p. 132-139). Los negocios turbios suben de tono y de cifras en el conjunto de artificios y engaños financieros y rentales que se agita en *El señor Rasvel*.

Lo tocante a la adquisición dolosa de tierras al comienzo de las explotaciones petroleras, es tal vez el aspecto más destacado en las novelas. En *Mene*, Joséito Ubert es el instrumento de la Compañía para adueñarse de un extenso territorio de particular riqueza minera, sin desembolsar grandes sumas. En *Remolino*, los esfuerzos dominadores de los petroleros apuntan al mismo tiempo hacia la ampliación de sus propiedades y la compra de la complicidad de las autoridades civiles, ya que ambas cosas marchan juntas: para robar tierras hay que contar con la impunidad ante la ley, y la potencia —de gran cacique regional— que se deriva del latifundio advierte a los representantes del gobierno dónde se encuentra el buen amo generoso en recompensas. Esa es la situación que le permite al petrolero Mr. Tom obligar a vender por un precio arbitrario a los propietarios de tierras renuentes a salir de ellas, y asociarse con el jefe civil en sucias maquinaciones.

El planteamiento general, y en especial con referencia a la infame adquisición de tierras, cobra fuerza en *Sobre la misma tierra*, en medio de “la danza de los millones” que muchos, como Demetrio Montiel, creen bailar y sólo están ayudando a que sea bailada por otros. El negocio turbio se prolongará gracias a la intervención de los abogados serviles (p. 75-76). *Guachimanes*, a partir del vasto conjunto de servidores de la Com-

pañía que dan nombre a la obra –los guachimanes de todos los niveles–, presenta en rápidas alusiones los procedimientos de despojo, de engaño al fisco, de complicidades para los más indignos manejos. En *Cassandra* se centra la atención sobre todo en las increíbles exoneraciones de aduana para las petroleras (p. 286), en los abogados y jueces cómplices, en los sobornos a los jefes civiles (p. 180). El caso concreto del abogado auspiciador de los más sucios negocios de las poderosas Compañías se encuentra vivo en *Los Riberas*, donde es prácticamente historiado y revelado al detalle.

La discriminación

Una de las formas más violentas e inaceptables de manifestarse el imperio de los señores rubios del petróleo es la discriminación: racial, social, laboral. En los tres sentidos se proyecta el acto esencial de diferenciación que establece distingos entre los hombres por su origen, su capacidad económica y su puesto de trabajo. Detrás de todos los prejuicios raciales y los consiguientes sentimientos de superioridad, detrás de las pretendidas diferencias de costumbres, cultura y rendimiento profesional, se oculta un objetivo económico: las discriminaciones efectivas son excelentes medios para pagar menos, limitar los derechos de los trabajadores, despedirlos sin prestaciones y cobrarles con creces la menor falla. Pero aun cuando no se perciba el sentido económico de la discriminación, resalta su odioso carácter de separación animal, de ordenamiento jerárquico despótico, que es inaceptable. De allí que sea mostrada y condenada en varias de las obras novelescas que ahora nos ocupan.

La discriminación racial se percibe levemente en *Tierra del sol amada*, *La bella y la fiera*, *Odisea de tierra firme*; pero sólo se expresa de modo directo en *El señor Rasvel*, a propósito del inglés Mr. Watson que debe siempre “aparecer de lejos superior a un hombre sudamericano” (p. 7).

El total discriminatorio se articula en *Mancha de aceite*; lo racial en las palabras de Mc Gunn (p. 18), lo social y laboral en la descripción de los barrios obreros (p. 99). De su parte, *Mene* ofrece uno de los mejores ejemplos de la discriminación racial, en numerosos pasajes y situaciones; social en el fracasado matrimonio del yanqui con venezolana; laboral –con elementos raciales– en toda la parte titulada “Negro”. En *Remolino* se encuentran aspectos generales de la discriminación múltiple, que aparecen agudizados en *Guachimanes*. Uno de los asuntos que más se destaca al

respecto en *Sobre la misma tierra* es el de la discriminación laboral, concretamente referido al desequilibrio en materia de sueldos entre la alta paga del yanqui y la baja del criollo.

El planteamiento condenatorio de la discriminación desciende en *Cassandra* al mínimo; se concentra en *Campo Sur* en las diferencias radicales existentes entre el campo de los extranjeros y los empleados criollos de confianza y el campo de los obreros, todo separado por cercas de hilos metálicos y de prejuicios; y en *Oficina N° 1* apenas da señales imprecisas.

El peso de la discriminación ha sido atroz a lo largo de la historia de la industria petrolera en Venezuela, pero en particular tuvo fuerza aplastante, y sobre todo más visible, en los años de la iniciación y los primeros tiempos. Tal vez lo único positivo de todo esto es lo que apunta Rodolfo Quintero: "La discriminación del personal criollo (menores sueldos que los extranjeros, prohibición de entrar a las zonas residenciales de éstos, obstaculización del ascenso en el escalafón del trabajo, etc.), unificó en la acción a los trabajadores venezolanos y facilitó su participación en acciones de lucha".⁴

La locura del petróleo

La atracción ejercida por el petróleo en las zonas de explotación y en todo el país constituye un fenómeno básico en la estructuración de la nueva situación. El llamado hacia los campos petroleros, bajo el señuelo de más altos salarios, se ejerció de modo violento en la primera época de la explosión y el gran auge inicial.

La "locura" diseminada por el surgimiento del petróleo fue base no sólo del cambio perturbador del ambiente, como se señaló, y del éxodo campesino, como se verá más adelante, sino en general de un hechizo colectivo que se ejerció bajo la promesa de dinero fácil, de riqueza para todos. Es una fuerza incontenible que opera sobre el medio modificando sus formas tradicionales. Ya se advierte su presencia en novelas precursoras del tema petrolero: *Elvia*, *Odisea de tierra firme*, *Cubagua*, *El señor Rasvel*. Todavía en estas obras es un elemento más apto para las fantasías y sueños de riquezas futuras que un factor dado en la realidad viva. En cambio se le ve operar sobre todo el conjunto de los pobladores del campo petrolero en *Mancha de aceite*, donde ya se le marcan sus excesos quiméricos y se acentúan sus limitaciones en la realidad: accidente, muerte vio-

lenta, hambre, vivienda infrahumana. Del mismo modo ofrece las dos caras de la cuestión, *Mene*, poniendo énfasis en destacar el aspecto delictivo que en la realidad acompaña a la “locura” petrolera: el crimen y el vicio, en especial en la parte titulada “Rojo”.

Posteriormente, otras obras como *Remolino* y *Sobre la misma tierra*, dan visiones de conjunto del problema. Gallegos simboliza este desquiciamiento y el entusiasmo irresponsable en la consigna, ya antes citada, de: “¡Petróleo o nada!” (p.79). Reaparece el planteamiento en *Guachimanes* y parcialmente en *Casandra*. A él se alude en *Talud derrumbado*, de manera circunstancial, tal como había aparecido en *Clamor campesino*, en *Los Riberas* se concentra en la presentación de la locura envuelta por “la red de intereses que se movían en torno a las concesiones” (p. 360); y en *Oficina N^o 1* el atractivo deslumbrante del petróleo se personifica en la propia Carmen Rosa, que abandona su mísero pueblo llanero en pos del auge que prometía el petróleo de Oriente.

El éxodo campesino

Uno de los efectos nocivos de la explotación petrolera sobre la economía del país que más ha preocupado a economistas y políticos, y a la colectividad en general, ha sido el desplazamiento de agricultores y trabajadores pecuarios hacia los centros petroleros, con el consecuente descenso en la producción agrícola y en la riqueza de los rebaños. Abiertamente ha marchado entonces el país hacia la condición de monoprodutor; atendido a las rentas petroleras, obligado a importar renglones agrícolas y pecuarios que antes producía. Del mismo modo el desplazamiento humano del campesino que se hace obrero, del oriental que se va a Maracaibo, del coriano que se va a los Llanos, ha interesado grandemente a sociólogos y especialistas afines. Los novelistas no podían constituir una excepción dentro de ese interés común por el tema, y el planteamiento directo del éxodo campesino se presenta en diversas oportunidades.

Tal vez el primer señalamiento de la cuestión se encuentra en *Mancha de aceite*, en la cual además se apunta la complicidad del gobierno en dicha emigración (p. 49). Pero es en *Mene* donde se hace del tema asunto de importancia sostenida a todo lo largo de la obra. Numerosos aspectos de esta novela reflejan los resultados del éxodo campesino hacia los turbulentos campos petroleros; y se encuentra en ella un claro sím-

bolo de los efectos finales: el hombre nativo contemplaba “el tropel que hollaba sus tierras y arrasaba sus sementeras y consumía la carne de sus rebaños...” (p. 73). De su parte, *Remolino* enfatiza la gran razón del éxodo: el alto salario petrolero con respecto al de otros oficios, sobre todo de niveles nunca soñados por el hombre del campo. (p. 89).

El éxodo campesino llegó a producir una verdadera crisis en las haciendas⁵, y su repercusión fue general en todo el país. De allí que el tema reaparezca, siempre de manera vigorosa, en un buen número de obras: *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes*, *Clamor campesino*, *Casandra*, *Los Riberas* y *Talud derrumbado*. En especial sobresale en la obra de Gallegos, donde se repite el planteamiento en varias ocasiones, destacando el abandono de siembras y rebaños como el gran símbolo de la desarticulación económica del país (p. 83, 123), y su condena a la categoría de “monoprodutor” (p. 133).

Delito y vicio

Dentro del desajuste total que priva en la vida de las improvisadas poblaciones petroleras (“pueblos oscuros” se les llama en *Mene*; “pueblos desmirriados, torcidos” y “malparidos” en *Sobre la misma tierra*), las manifestaciones delictuosas son de las más visibles por sus repercusiones públicas. El efecto atemorizante de un hecho de sangre, el sentido escandaloso de un robo o de una riña, sobresalen por encima de manifestaciones de corrupción tan graves pero menos ruidosas: la estafa, el peculado, el soborno. Además el delito público y bullicioso casi siempre va acompañado del vicio, y justamente en sus aspectos más escandalosos: la ruleta, el baile, el prostíbulo, el alcohol. Hechos y situaciones tan llamativos y caracterizadores no podían dejar de estar presentes en intentos de captación novelesca de esta realidad ambiental.

Sin embargo, no en todas las novelas tiene esto significación de primer orden. Así, si bien aparece en obras como *Remolino* y *Casandra*, no significa en ellas elemento particularmente activo, y ello a pesar de que en esta última se define el mundo del petróleo de esta manera: las prostitutas y la ruleta (p. 310). En cambio, es factor central en *Mancha de aceite* a lo largo de la gran trilogía alcohol-prostitutas-crimen; y sobre todo en *Mene*, donde uno de los aspectos que más se destacan como muestra del desbarajuste petrolero es precisamente el relativo al delito y el vicio —en

particular en la parte titulada “Rojo”—, aun por encima de otros más profundos y significativos en el orden económico y de dignidad nacional. Presentación vigorosa del tema se advierte en *Sobre la misma tierra* y *Guachimanes*, con énfasis en el tráfico de aventureros, prestamistas y estafadores de todo tipo. En *Campo Sur* se palpa en el propio ambiente y en el comportamiento de los personajes (p. 21); y en *Oficina N° 1* se desprende del conjunto de la historia del campamento petrolero que constituye su asunto.

Las bajas condiciones de vida de los trabajadores

Como planteamiento específico —no como conclusión que pueda desprenderse de la pintura total—, las bajas condiciones de vida de los trabajadores se precisan con ánimo de denuncia en pocas novelas del petróleo. Es un tema de difícil concreción, pues exige penetración y hasta experiencia directa para que se revele con líneas plenas. Justamente las apariencias muestran lo contrario: mejores salarios (al menos en sentido nominal), modernización en ciertos sistemas de vida, tendencia a la especialización y profesionalización. Es necesario tocar de cerca la realidad para que se manifiesten las verdades más profundas; por ello sólo en las obras que provienen de una vivencia, de un conocimiento interno surge el planteamiento reivindicativo acerca de las ásperas y desequilibradas condiciones de vida de los trabajadores de los campamentos petroleros.

En primer lugar surge el tema con respecto a la etapa inicial —que podría considerarse— más o menos hasta la muerte de Gómez y años inmediatos, donde parece indiscutible la situación desastrosa en cuanto a condiciones de vida que padecían los trabajadores del petróleo, sobre todo en lo tocante a servicios médicos y a vivienda. Tal como revelan documentos históricos diversos⁶ y los propios obreros que sufrieron esa experiencia. Sin embargo, como ya se ha dicho, solamente las novelas fundadas en una experiencia viva presentarán este aspecto tan primordial de la cuestión. Así, surge por primera vez la denuncia de este estado de cosas en *Mancha de Aceite*, con particular fuerza, a través de señalamientos reiterados: las enfermedades devastadoras (p. 49), las lesiones mortales (p. 111), la carencia de atención médica (p. 100). Del mismo modo se destacan las espantosas e insalubres viviendas de los obreros, en especial en el capítulo titulado “San Fernando”. Con menor énfasis se advierte esta situación en *Mene*, donde en particular se precisa el caso de Lagunillas, po-

blación constituida por barraca y casuchas de los trabajadores, y luego devorada por un feroz incendio en buena parte, como una realidad y un símbolo del desastre⁷. Circunstancia semejante se encuentra en *Sobre la misma tierra*, donde también sobresalen Lagunillas y el hecho del incendio. En *Guachimanes* se advierte tenuemente el planteamiento, y en *Cassandra* se hace muy concreto en el discurso político del joven revolucionario Palmenio (p. 285).

Como segunda parte del tema se encuentra lo referente a la época más próxima y actual de la industria petrolera. Aquí, los beneficios obtenidos por los contratos logrados por los trabajadores parecen cegar a muchos observadores de la cuestión: no se ven los perjuicios. Nuevamente será la experiencia directa la única capaz de llevar a una profundización. Por ello sólo en *Campo Sur* se encontrará, con relación a la actualidad, la presentación concreta de los problemas derivados de las discriminatorias viviendas impropias de las familias obreras (p. 8), y el carácter desequilibrado de las poblaciones donde residen los trabajadores (p. 21).

El antiimperialismo

Una actitud en suma antiimperialista podría desprenderse de cada una de las novelas consideradas. Todas tocan, aunque sea de pasada, el sentido de saqueo inmisericorde que tiene para Venezuela la explotación petrolera por parte de las Compañías extranjeras. El solo señalamiento sería una denuncia tácita; aunque la verdadera protesta exige una clara manifestación de repudio. Ninguna de estas obras defiende el estado de cosas existente, no hay una que justifique la expoliación. Pero, para la determinación de la presencia del tema antiimperialista esto no basta. Interesa ahora destacar los casos de expresión concreta de antiimperialismo, de formulación precisa al respecto; independientemente de que de otros temas pueda derivarse una posición antiimperialista no declarada explícitamente.

En los comienzos del tema del petróleo en nuestra novela, ya en *Lilia* se percibe la actitud antiimperialista aunque no se encuentre ésta directamente vinculada al asunto petrolero, sino a una problemática general latinoamericana donde el petróleo es un elemento más. Actitud semejante, pero mucho más concreta, vigorosa y sostenida a lo largo de toda la

obra, se encuentra en *Elvia*, novela animada por un verdadero espíritu nacionalista y antiyanqui. Pero será sólo con *La bella y la fiera* cuando aparecerá de manera expresa la posición antiimperialista con relación al petróleo: Blanco Fombona no se detiene en señalar a “los millonarios y sus gentes” que dominan la industria en Venezuela, a los hombres rubios de empresas de cuentas corrientes y acciones internacionales por millones de dólares, libras y florines; sino que habla con toda precisión de los señores “capitalistas” e imperialistas (p. 839) que dominan la situación.

Después de esta novela iniciadora del tema, en otras más resurge de manera incidental: *Odisea de tierra firme* y *Casandra*. Y en forma imprecisa, indirecta, en *Oficina Nº 1*. Pero es en obras como *Mancha de aceite*, *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes* y *Los Riberas*, donde se presenta de modo pleno y firme. Se trata entonces de una postura clara que se expresa abierta y valientemente. Sin ambages. Sin símbolos fugitivos.

Dentro de estas cuatro novelas citadas en último lugar, como ampliamente antiimperialistas, hay que distinguir entre obras animadas con toda precisión por esta actitud, pero donde el planteamiento es complementario, como *Sobre la misma tierra* y *Los Riberas* —que hasta señalan a Wall Street como el tablero de manejo de todo el engranaje petrolero—, y otras para las cuales el antiimperialismo es su esencia final y es a la vez elemento de presencia permanente a lo largo de las páginas, como *Mancha de aceite* y *Guachimanes*. Estas dos novelas no sólo denuncian la penetración imperialista, sino que hacen de este planteamiento la base fundamental, el mensaje trascendente. Son antiimperialistas a cabalidad en todos los terrenos, en forma sistemática. No es casual que correspondan a los autores de pensamiento más coherente y penetrante ante la voracidad imperialista.

Accidente y catástrofe

Parecería que el petróleo fuera acompañado de un signo de muerte, de desastre, de mutilación, de sangre. No sólo son los crímenes y los delitos. No sólo son los perjuicios morales. Hay además una suerte de fatalidad que se evidencia en los accidentes diarios y las catástrofes periódicas. Pero todo se aclara dentro de las realidades del mundo petrolero y lo fatal se desvanece ante las explicaciones concretas: el riesgo, la imprevisión, la discriminación racial y laboral, el desprecio por la vida humana, el desajuste general, generan accidentes cotidianos y catástrofes ocasionales.

Es un aspecto del conjunto que se revela con claridad a los novelistas. Tal vez por la misma razón de hecho notable y escandaloso que se señaló respecto al delito y el vicio. Es parte de la atmósfera misma del mundo petrolero y en toda pintura de tal ambiente ocupa este tema sitio caracterizador. En especial se advierte de modo vivo en las obras que miran los campos del petróleo desde dentro, por la vía de la experiencia personal: *Mancha de aceite* (los trabajadores lesionados por las máquinas, destruidos por explosiones e incendios), *Mene* (mutilaciones producidas por las máquinas, el incendio de Lagunillas), *Guachimanes* (la muerte y la invalidez por explosiones), *Cassandra* (mutilación y peligros generales), *Campo Sur* (el riesgo permanente del accidente mortal en el trabajo de las torres y al lado de las calderas).

En otros casos los señalamientos están menos fundidos en el ambiente mismo que aspira a captar la obra, y resultan eventuales, como en *Remolino* (accidentes mutiladores o mortales en el trabajo); o esencialmente con la categoría de recurso novelesco, como en *Sobre la misma tierra* (incendio de Lagunillas) y en *Oficina N^o 1* (accidente en el trabajo en las elevadas plataformas de las torres).

El suprapoder de la Compañía

Este sería otro asunto generalizado en las novelas consideradas; pero, tal como se ha apuntado en ocasiones anteriores, interesan las menciones directas a este hecho tan conocido y efectivo. Los poderes de las Compañías petroleras no se limitan al campamento; llegan a la zona, siguen por todo el Estado, incluyen el país y parten hacia otros territorios en sus conexiones internacionales. Y este dilatado alcance de las empresas explotadoras del petróleo no escapa a los escritores, es visible en *El señor Rasvel* y en todas las obras citadas como contentivas del tema antiimperialismo.

Pero hay una forma de expresión más directa de ese suprapoder; también más inmediata y local, pero por igual más chocante al observador cercano: el abuso, los excesos derivados de la fuerza y la impunidad. Ya con esto estaríamos en las proximidades del asunto de la complicidad oficial, pero en esta ocasión se trata de puntualizar en qué obras surge este aspecto de la situación, localizado en la propia zona de explotación.

Las novelas correspondientes al tema comienzan por presentar

aspectos concretos de la cuestión: *La bella y la fiera* (las Compañías tienen en sus manos la decisión inmediata de rechazar reivindicaciones obreras y desatar la represión) y *Odisea de tierra firme* (los yanquis petroleros se pasean como amos gobernantes en todas las zonas donde tienen explotaciones de yacimientos). Después ya surge la visión general, el conjunto que revela una poderosa maquinaria que gobierna desde la Jefatura Civil hasta “la lista negra”, pasando por las carreteras (ver nota 3), el agua, la luz eléctrica, los prostíbulos y las cooperativas. Así se percibe en *Mancha de aceite*, en *Mene*, en *Remolino* (con el simbólico letrero de “propiedad privada” que aparece de repente), en *Guachimanes* (con el símbolo general de este suprapoder en la existencia de una cadena de “Guachimanes” de los más diversos niveles al servicio de los petroleros). Se advierte así mismo en *Casandra* (en el campamento no sucede nada que la Compañía no sepa de inmediato y que sea medido por su autoridad de aceptación o rechazo) y en *Oficina N° 1* (en el mandato inapelable de la empresa, ante el cual se someten pobladores, cura y autoridades civiles).

La invasión de tierras y selvas

No en todas las novelas que se refieren a los comienzos de la explotación petrolera se percibe el ritmo de invasión de tierras y selvas —a marcha forzada al principio, después con mayor cálculo y lentitud— que tuvo ese alud inicial. Fue el violento proceso de penetración y adquisición de tierras por todos los medios, hasta constituirse en cada región la Compañía en el principal terrateniente y la fuerza económica más importante. Todo a través de una irrupción alucinante de hombres extraños, aparatos sorprendentes, costumbres exóticas, ruidos desacostumbrados, que dejaban atónitos a los habitantes del lugar. A fin de cuentas los nuevos amos absorbían tierras y selvas, plantaban marcas, levantaban alambradas y daban ley: la invasión se había cumplido.

En *Tierra del sol amada* aparece por primera vez caracterizado este avance invasor; y con fuerza y expresividad superiores a los de las demás novelas. Pocaterra precisa cómo los extranjeros se van apoderando de “la montaña, la sabana, el río paternal...”, mientras los tradicionales pobladores indígenas de esas tierras tienen que huir selva adentro, “cada día a una más remota jornada” (p. 83-84). Por último queda la marcha incesante: “La incursión sajona seguirá, metódica, implacable, con oro, con má-

quinas, con fusiles, río arriba..." (p. 84). Posteriormente *Mancha de aceite* centra el interés al respecto en el caso de la invasión petrolera sobre los motilones y sus tierras, con el fin "humanitario" de exterminar los "salvajes" que impedían con su rebeldía y sus flechas envenenadas la marcha del progreso hacia otras zonas ricas en petróleo; el plan de asesinatos masivos se establece en una reunión del Rotary Club, con el apoyo del gobierno y el entusiasmo de los gerentes petroleros (p. 39-40). Interés semejante por el problema motilón se ve en *Mene*, pero sin el vigor de protesta de la novela de Uribe Piedrahita, sólo referido a las dificultades de la penetración en la zona y a los heridos y muertos que de ella regresaban. En cambio Díaz Sánchez refleja en parte el paso arrasador de la invasión general de "ruedas dentelladas y de "cuchillas relucientes" que talaban los montes y horadaban las tierras (p. 34); mientras Joseito Ubert y otros intermediarios se encargaban de hacer llegar a manos de la Compañía la propiedad de toda la zona saturada de yacimientos, De su parte *Remolino* enfatiza el proceso de anexión de tierras y los modos de coaccionar a los posibles vendedores: con halagos y amenazas al viejo don Salustiano, con cárcel al rebelde Ferino; todo en nombre de la marcha de los "Robsbilders" y los "Caterpillar" que arrasan las tierras "y descuajan el árbol de la tradición" (p. 111). Por último, *Cassandra* retoma el caso de los motilones; pero si en *Mene* la visión al respecto había sido parcial y poco vigorosa, ahora se debilita aún más, en una especie de idealización romántica del indígena de la zona (p. 275).

La rebeldía

El camino central hacia la consolidación de una conciencia proletaria y la constitución de una organización de respaldo a los trabajadores, se encontraba en la natural rebeldía ante la injusticia general y su encausamiento teórico y práctico. Y en la etapa inicial de la explotación petrolera este camino era más o menos imposible de ser recorrido: apenas comenzaban a circular las nuevas ideas sociales que concedían al trabajador sus derechos y le señalaban su significación en la sociedad y eran muy escasos quienes podían ejercer alguna función orientadora. De allí que las novelas —en general referidas a esa época— reflejan más la rebeldía natural que la meditada y estratégica.

Más que un proceso de desarrollo de la rebeldía, lo que presen-

ta *La bella y la fiera* es la explotación de la huelga (p. 838). En cambio el desenvolvimiento evolutivo de la protesta espontánea de los trabajadores interesa grandemente a la acción de *Mancha de aceite*: el rebelde ocasional reflexiona y concreta su actitud, hasta que encuentra orientación determinada a su ímpetu y actúa en consecuencia. Y es significativo —por revelador de una realidad al menos potencial— que ya en la primera novela petrolera se manifiesta con tal fuerza esa rebeldía, y lo que es más: que surja con vigor superior al de las demás obras y como algo propio de la vida cotidiana del trabajador; sin que se le vincule en su explosión final al momento de la muerte del dictador. Por otra parte, esa actitud de protesta decidida se va conformando en esta novela, hasta el combate final, no sólo en el trabajador del campamento sino también en el profesional de pensamiento progresista, en este caso el médico Gustavo Echegorri.

Manifestaciones individuales de rebeldía en actitudes mantenidas con firmeza se producen en *Mene* y en *Remolino*. En el primer caso, *Mene* presenta al rebelde natural Teófilo Aldana, confuso, impulsivo, pendenciero; que a fin de cuentas personifica la fuerza elemental opuesta a los desmanes de los nuevos amos, al estímulo de la ofensa discriminatoria, con ardientes deseos de enfrentar sus recios músculos a las pretensiones y despotismos de los señores rubios. De su parte, *Remolino* da muestra del rebelde decidido, afincado en no ceder sus tierras a los invasores a ningún precio, en Ferino, reducido sólo por el encarcelamiento.

En *Guachimanes* se observa un proceso, semejante al de *Mancha de aceite*, de consolidación gradual de la rebeldía, que va de lo individual a lo colectivo: el rebelde natural, Tochito, luego consciente de su posición; los rebeldes ideológicos, como mister Charles, don España y el doctor Triño Paz; la rebelión generalizada, en la oportunidad de la muerte de Gómez y las manifestaciones públicas y venganzas tomadas por el pueblo. Así mismo, en *Cassandra* se encuentra la rebeldía que acompañó los finales de la dictadura gomecista: primero en la palabra de los estudiantes revolucionarios y después en las turbulentas protestas y acciones de venganza por parte del pueblo al desaparecer el sátrapa.

Por último, de mayor proyección laboral y sindical es el proceso de rebeldía que refleja parte de *Oficina N° 1*, si bien encuentra su definitivo refuerzo precisamente en la muerte del dictador. Interesa por encima de todo la esencia rebelde, viva en dirigentes y hombres de pensamiento político y luego difundida cada vez más colectivamente, que lleva a la creación final del sindicato.

Agrupamiento sindical

De la rebeldía y la organización planificada pudo surgir; después de múltiples obstáculos y luchas cotidianas, el agrupamiento sindical como una ansiada fuerza protectora de los intereses de los trabajadores ante la voracidad y los desmanes de las Compañías. Como todo proceso lento y transformador de realidades profundas, el camino sindical se recorrió por etapas sucesivas y a veces espaciadas. Un primer intento fracasado quedaba como un símbolo, como una señal. A un esfuerzo seguía otro superior. Una aspiración ideal era suplantada por un objetivo práctico de mayor posibilidad de realización. Y así surgieron los primeros grupos gremiales o asociaciones previas a los sindicatos propiamente dichos: por ejemplo, Rodolfo Quintero cita al respecto el caso de la Sociedad de Auxilio Mutuo de los Obreros Petroleros.⁸ A esta etapa y a este tipo de organización se asimila el “comité que defienda los derechos de los trabajadores” con que se conforma, a falta de un verdadero sindicato, el dirigente Clímaco Guevara en *Oficina N° 1* (p. 164). Será posteriormente al final del régimen gomecista cuando los sindicatos, amparados por la autorización legal, se consoliden y se multipliquen.⁹

El primer proceso novelado de constitución de bases para un sindicato petrolero se encuentra en *Mancha de aceite*. Allí la rebeldía natural es encauzada por el médico progresista, cada vez más revolucionario, y un pequeño grupo de trabajadores de mayor conciencia de clase y choque práctico contra la realidad inaceptable. No se llega a la culminación sindical: todo termina en la siembra de la primera semilla gremial, en el reparto de volantes, y en las balas de los fusiles de la represión de la Compañía y el gobierno nacional. Del mismo modo, en *Guachimanes* todo se reduce a la primera etapa de preparación ideológica, de adecuación por la vía del ejemplo práctico hacia la constitución de sindicatos como aquellos que míster Charles cita como existentes en su país. La obra termina con la muerte de Gómez, limitando su posibilidad de entrar en la etapa sindical propiamente dicha. Algo semejante ocurre con *Cassandra*, que refleja más o menos la misma situación previa, y termina en igual época. Sólo tocará a *Oficina N° 1*, que va más allá de ese momento histórico, entrar en el interesante tema de la constitución de los sindicatos petroleros. Aunque es de lamentar que esta novela, después de presentar con acier-

to el período de la lucha primera por cimentar las bases para la edificación sindical, corte evasivamente el proceso para retomarlo ya constituido el sindicato y una vez solucionado todo cuanto a su creación se refiere.

La represión

En la historia del petróleo venezolano la sucesión rebeldía-agrupamiento sindical represión es una cadena repetida en su esencia de lucha y muerte. Por definición, el antagonismo clasista es violento, y justamente lo que más temen los detentores del poder capitalista es el agrupamiento popular en organizaciones sólidas y poderosas. Y si esa concentración de fuerzas se opera en los medios proletarios, el temor se torna alarma escandalosa. “Así empiezan...” es el santo y seña de los amos espantados. Se interponen todos los obstáculos posibles, se recurre a la amenaza, al soborno, al encarcelamiento temporal. Pero si nada basta para destruir la firmeza del movimiento reivindicador, entonces dará órdenes la desesperación y se desencadenará la fuerza bruta, atacará el arma de fuego y la sangre y la muerte serán freno momentáneo y advertencia permanente. Tal es el proceso, y tal es el reflejo que de este orden de cosas hacen las escasas novelas que lo intentan.

Brutal, mortífera represión al movimiento de huelga peticionaria de aumento de salarios es la que presenta *La bella y la fiera*. Llamada por los señores petroleros, la tropa acude para lanzarse sobre los obreros rebeldes, que caen “como espigas cortadas”. Los soldados, a la orden del comandante, cargan una y otra vez. “La sangre corre y mancha suelo, ropas, paredes”. Después, “las agencias de información, al servicio de los capitalistas, de los imperialistas ... confirman el atentado comunista” y felicitan al dictador de turno por su eficiencia y celo patriótico (p. 389). Tono semejante tiene el desencadenamiento represivo con que finaliza la acción de *Mancha de aceite*; más dramático y penetrante por su carácter de elemento culminante de toda la trama novelesca y del desarrollo del personaje central. La protesta laboral ante el Comisariato, con el médico y obreros de vanguardia a la cabeza, termina cuando los hombres caen “cegados por la metralla”. De nada valió el grito patético del doctor Echegorri; “¡Vamos sin armas! ¡No disparen!”; no cesaron las balas y “la sangre siguió corriendo”... (p. 136). Distinta y atenuada es la represión a que alude sin gran de-

tenimiento *Casandra*, en las páginas dedicadas al momento posterior al furor popular desatado después de la muerte de Gómez. Una vez pasado el primer instante de confusión, el nuevo gobierno, dirigido por otro General, sabe desplegar, en defensa de las petroleras y la paz del lugar, “los soldados cubiertos con sus cascos de acero y armados con sus relucientes fusiles”... (p. 409). Más circunscrita a las medidas policiales destinadas a impedir el agrupamiento sindical, es la represión —azuzada por la Compañía, el jefe civil y el cura— que revela *Oficina N.º 1*: prisión para los líderes, atemorización colectiva.

El petrolero “bueno”

Dentro del planteamiento general del estado de cosas petrolero no hay dudas en las novelas: la Compañía es expoliadora y sus altos funcionarios son cómplices. Para los empleados de más bajos niveles se establece una diferencia elemental: los nacionales pueden estar o no sometidos material y espiritualmente a la empresa; los extranjeros obedecen a la regla general de partícipes de una vasta complicidad reforzada por la coincidencia de intereses y prejuicios con los que conforman el “espíritu” de la Compañía a la cual pertenecen.

Pero esa generalización con respecto a los extranjeros parece excesiva, mecánica, desconocedora de las excepciones. Su aplicación podría suponerse como una muestra de ingenua rigidez en la consideración de hombres disímiles, también sometidos a la presión del mundo petrolero. Además, la realidad muestra que se dan excepciones. O al menos hay que aceptar que teóricamente el caso excepcional es posible. Y por último, en una actitud crítica ante los petroleros extranjeros —a veces de verdadero vigor—, la inclusión de una excepción concede equilibrio, objetividad. Sin duda todos estos factores, combinados o particularizados, han conducido a algunos novelistas del petróleo a la presentación de un petrolero extranjero “bueno”; perdiendo de vista que justamente la mayor ingenuidad radica en conceder significación trascendente y de alguna representación ilustrativa a casos hipotéticos, en última instancia singulares y circunscritos dentro del conjunto a una peculiaridad extrema, sin ningún alcance tipificador.

La primera versión del petrolero “bueno” es tal vez, también, la más ingenua: mister Hardman de *Sobre la misma tierra*, el driller de Arizo-

na que de repente adquiere conciencia de que pertenece a una gran organización explotadora y tramposa y decide separarse de ella. Nunca se sabrá —aparte de los buenos deseos del autor— qué razones o revelaciones sorprendidas llevaron a Hardman a ese cambio. Ni siquiera es una razón tan subjetiva como el amor por Remota, pues cuando Hardman escoge dejar la petrolera ya no tiene esperanzas en despertar ningún sentimiento de esa índole en la joven. Por eso parece tanto Hardman un invento total: el yanqui bueno porque sí, que permite a Gallegos dar otra faz del asunto y mostrar una pretendida objetividad que no pasa de la ingenuidad. En cambio en *Guachimanes* se presenta el retrato más sostenible y convincente del petrolero yanqui distinto, en mister Charles. En efecto, las cosas adquieren sentido especial porque Charles representa al proletariado de su país; en su misma tierra ya era antiimperialista (p. 39). Llega a Venezuela y su actitud no se modifica, pues su internacionalismo le hace solidarizarse con los trabajadores del nuevo país adonde viene por circunstancias especiales y bajo contrato que le da cierta estabilidad. Sin embargo, sus reducidas labores revolucionarias le llevan a abandonar Venezuela por requerimientos del gobierno a solicitud de la Compañía. Después reaparece la idealización de este tipo de personaje en *Cassandra*, con el enigmático europeo mister Walter, de los laboratorios de la empresa, distinto por su inteligencia y su afán de justicia que lo identifica con los intereses de los venezolanos y lo acerca ideológicamente a los más avanzados en lo social. Es un personaje aislado y sorprendente, de verdadero “laboratorio”, tan inventado como el Hardman de *Sobre la misma tierra*. La idealización continúa en buena parte en Tony Roberts de *Oficina N° 1*: a pesar de su antecedente familiar de carácter socialista, su actitud no se explica como una clara protesta de rebeldía, ya que prefiere callar y cobrar su salario. Se casa con venezolana y decide quedarse en el país; pero todo parece corresponder más a un impulso emocional, sensible, que a una conciencia concreta. El hecho de que —a semejanza de las otras novelas citadas en este aparte— le toque decir grandes verdades sobre el saqueo petrolero, en defensa de Venezuela, precisa la intención del autor; pero no refuerza la justificación convincente del personaje, que siempre parece ha-

blar con palabras ajenas.

El imperio de la máquina

El nuevo orden petrolero desplaza al hombre del sitio clave que ocupaba en la tradicional economía agrícola-pecuaria y coloca allí la máquina. Es un cambio resaltante que algunos novelistas no podían dejar de advertir. El mundo petrolero gravita en torno de la maquinaria y el automatismo: camión, rueda dentada, taladro, balancín, control eléctrico, sismógrafo, calculadora. Esos son sus fetiches, como antes pudieron serlo el machete, el azadón, el lazo y el hierro de marcar. Y el trabajador tiene que someterse a los nuevos símbolos; pero no basta con acatarlos: con frecuencia es desplazado o devorado por ellos.

La primera manifestación de este imperio de la máquina y el aparato mecánico surge, de modo dramático, en la imagen contenida en *Mancha de aceite*: el taladro exigía más y más carne humana para producir la perforación (p. 49). El hombre pasa a ser un instrumento, un ingrediente para el funcionamiento de la máquina, como la gasolina o la electricidad. Pero es en *Mene* donde el tema se refleja de modo más directo y amplio. Aparece el interés enfático de los petroleros en aprovechar el asombro que producen las maravillosas maquinarias en el trabajador; para llevar la sorpresa hasta el fetichismo, destacando la utilidad y el gran valor en dinero de cada aparato, de cada engranaje (p. 65). El hombre se recoge sobre sí mismo y acepta la nueva evidencia: cualquiera de aquellos curiosos artefactos vale más que muchos hombres juntos. De la misma manera, *Mene* alude a la automatización, a la suplantación absoluta del hombre por la máquina “que reduce al mínimo el riesgo de las equivocaciones y de los descuidos” y no se cansa ni necesita dormir (p. 110). En *Remolino* reaparece el planteamiento general del imperio de la máquina, con el añadido del atractivo que ejercen los vehículos de motor; hasta conducir a una verdadera fiebre del volante y configurar una mentalidad especial al chofer (p. 109). *Cassandra* sólo señala, de paso, el tema que Díaz Sánchez había desarrollado en *Mene*: no importa que el hombre sucumba, las máquinas son las que no deben detenerse”. (p. 104).

El nuevo “conquistador”

El paralelo tenía que establecerse: aquellos conquistadores llegaron en sus hermosas naves a vela, adueñándose de tierras y pobladores, matando y usurpando, cegados por el afán del oro; estos conquistadores vinieron en sus imponentes naves de acero, adquiriendo tierras y comprando conciencias, reprimiendo y discriminando, tras la locura del oro negro. Como señala Pocaterra en *Tierra del sol amada*, estos nuevos invasores son “más duros, más crueles, más invasores –más “blancos” también–” (p. 83), porque llevan su conquista cada vez más adentro del territorio, de manera “metódica, implacable”, amparados por sus máquinas, por su dinero, por sus fusiles (p. 84). Ante este conquistador, el indígena huye, se pierde en los montes más remotos. En su referencia a la zona de Maracaibo, Pocaterra incluye una alusión simbólica a todo el país.

Resurge la imagen del “nuevo conquistador” en *Mene*, donde la llegada del primer vapor, entre humos y sirenas, deja atónitos a los lugareños de la costa del Lago de Maracaibo como pudo suceder a los indígenas con las naos del pasado. La tradición de los mascarones de las carabelas es cortada por el filo negro del acero de las nuevas embarcaciones. “En el puente del primer navío va un indio doctoral y complaciente que instruye al nuevo conquistador en el misterio de la virginidad lacustre”, y le va precisando los puntos de referencia para la ubicación del sitio donde brota el Mene (p. 31-32).

Vuelve, finalmente, la referencia expresa a esta segunda conquista en *Remolino*, con fuerza y claridad semejantes a las novelas anteriores. Después de la sorpresiva llegada de extranjeros armados de “trípodes teodolíticos” todo va siendo propiedad de los invasores, se establece el “portón petrolero” (p. 93), y el nuevo orden se afianza en la servidumbre “del *guachimán*, matador de su hermano, mientras el extranjero le azuza al oído la primera palabra de la nueva conquista...” (p. 106).

La huelga

El movimiento huelgario propiamente dicho es el tema menos abordado por las novelas consideradas. Tal vez se relacione este hecho con la circunstancia de que la mayoría de estas obras se refieren a la primera época de la explotación petrolera, hasta el final de la dictadura gomecista; justamente el período de menor frecuencia y concreción huelguística. Sin embargo, antes de la huelga petrolera en escala nacional de fines de 1936 —calificada con toda intención de huelga “por motivos políticos” por algunos petroleros que han aludido al caso—¹⁰, ya se habían producido “acciones de lucha” que cita Rodolfo Quintero, como la huelga de Mene Grande y movimientos en Cabimas y Lagunillas.¹¹ Además, quedaba a los novelistas el recurso legítimo, acrecentador de significación y proyecciones profundas y trascendentes, del símbolo: la huelga, tomada o no de la realidad sucedida, representa el enfrentamiento final del abuso, el emplazamiento de las poderosas empresas a conceder por la fuerza las reivindicaciones que nunca darán de buen grado.

Seguramente esa última razón, simbólica, llevó a Rufino Blanco Fombona, en 1931 —o más exactamente en 1929, año en que escribe la obra—, a presentar en *La bella y la fiera* una situación huelguística en un campo petrolero. Esa mañana “los obreros no parten, como suelen, hacia los pozos y campos de petróleo” porque “han pedido un miserable aumento de jornal” que ha sido negado por los petroleros rubios de Nueva York, Londres y Amsterdam (p. 838). Y aunque fuese una circunstancia imaginada por Blanco Fombona, cabría perfectamente en la realidad, tanto como la sangrienta represión militar que despedaza el movimiento, asesinando a nombre del gobierno y la petrolera.

Otro reflejo de una situación huelgaria pertenece a *Mancha de aceite*, obra de tan diversificada importancia en el desarrollo novelístico del tema petrolero. Aquí interesa más el proceso previo de maduración del ambiente para la huelga, que el propio paro laboral. Adecuación de circunstancias donde coinciden factores que podrían llamarse de natural desarrollo histórico y que son los que responden de modo directo al estado de cosas: explotación, despotismo, discriminación, creación espontánea de conciencias de lucha; y los elementos provocados o al menos estimulados dentro de un plan general de combate ideológico y práctico: difusión de ideas, clarificación de conceptos, encauzamiento de rebeldías

individuales. Aunque, a fin de cuentas, desde el punto de vista de lo realmente decisivo importa sobre todo el segundo aspecto, la labor consciente de lucha social y política. Así, surge el proceso en *Mancha de aceite*: comienzos del despertar de conciencia de los trabajadores (p. 105-108); hojas volantes y rumores con los primeros anuncios de creación de sindicatos y declaración de huelga y protestas; los preparativos de represión (p. 1211-22); el movimiento de protesta y la masacre represiva (p. 136).

Los males y los beneficios

Como tema que sirve de balance al conjunto de aspectos centrales del gran asunto petrolero que revelan las novelas, se presenta en algunas obras un intento de contraposición de los males y los beneficios derivados de la nueva industria para el país. Son las dos caras de una misma realidad, donde las posiciones extremas, excluyentes de relativismos, significarían una visión parcializada y limitadora de la verdad. De otra parte, ensayar tan fundamental balance es, sin duda, un preciso camino para la objetividad o para dar impresión de objetividad; en este caso más importante todavía que lograrla.

El apasionante debate general sobre el petróleo y su problemática venezolana se ha proyectado, en búsqueda de conclusiones, justamente hacia el paralelo comparativo de los males y los beneficios venidos de la explotación petrolera. Los juicios mayoritarios al respecto, entre intelectuales y economistas progresistas, son de evidente énfasis sobre los males producidos, pero no faltan los enfoques apologeticos de los beneficios concedidos.¹²

Las novelas que incluyen el tópico de los males y los beneficios del petróleo lo hacen por diversas vías indirectas o de modo bien claro y expreso. Así puede darse, de la manera más fragmentaria, en planteamientos circunstanciales como los de *Clamor campesino*, donde se contraponen el desajuste económico producido en el país, los perjuicios morales, el éxodo campesino y las lesiones físicas inferidas a los trabajadores, a los beneficios materiales como los salarios elevados y las modernas carreteras; y donde el saldo a favor de los males es evidente. Otra vía indirecta está presente en *Mene*, en la cual el tema se desprende del planteamiento general: a las ventajas de orden económico disfrutadas por reducidos grupos, se oponen los males comunes, destacados a veces en capítulos

enteros, como el desequilibrio en la vida de los pueblos, el daño moral de la ilusión del dinero fácil, la discriminación racial, el crimen, la prostitución, el desplazamiento del hombre por la máquina como valor central, el éxodo campesino, la compra de conciencias.

En otros casos el planteamiento es concreto y explícito. Surge de este modo en *Mancha de aceite*. Allí se encuentran en boca de los petroleros y sus mujeres alusiones a los más grandes “beneficios” del petróleo para el país, justamente los más socorridos por parecer más evidentes: sanidad, carreteras y altos salarios (p. 40, 68,69). Pero la misma novela se encarga de aclarar que lo tocante a sanidad es completamente relativo y que los servicios son reducidos, sobre todo para los trabajadores criollos; que las carreteras se construyen para lograr mejor penetración y desplazamiento en el país conquistado; y que los altos salarios –insignificantes dentro del conjunto de ganancias de la Compañía– son el atractivo que les permite mantener el nivel de trabajadores necesario para el incremento continuo de la industria. Y en cambio se destacan el desequilibrio económico y espiritual que el petróleo ha traído al país, la corrupción extrema en los campos petroleros, y por encima de todo la explotación del trabajador; hasta los límites del aniquilamiento, que sistemáticamente efectúa la empresa todopoderosa (p. 49, 58, 111). Del mismo tipo es la presentación del tema en *Sobre la misma tierra*: las palabras del petrolero Hardman destacan beneficios materiales aportados por la gran industria al país y la mayor conciencia de clase adquirida por el obrero venezolano en el nuevo trabajo, y hasta la propia Remota se deja arrastrar por un momento de entusiasmo ante el espectáculo de las torres imponentes y el movimiento laborioso de la zona y piensa en el “porvenir próspero” a través de aquel “poderoso esfuerzo industrial” (p. 120); pero de inmediato se establece el balance y se destacan por encima de todo los males definitivos: la riqueza ajena junto a la miseria propia, el desajuste moral ocasionado a todo el país, y la condena de Venezuela a la categoría de monoprodutora de una riqueza extractiva, no renovable (p. 133). Particularmente claro y contundente es este planteamiento en *Los Riberas*: los beneficios económicos del petróleo se dan al precio de la “atrofia cívica” (p. 404), y ese es el peor mal ocasionado por la nueva industria: la descomposición moral. De modo concreto el doctor Solórzano hace el balance: se construye mucho, se hacen carreteras, saldrán grandes ciudades; pero el suelo se sostiene en el aire, ya que se va la soberanía y vienen los vicios (p. 145).

Concluida la presentación de los temas centrales sobre materia

petrolera contenidos en las novelas consideradas –puntualización ordenada según la importancia y frecuencia de aparición de los tópicos–, resulta evidente que para la captación de ambientes y problemas del petróleo se ha puesto en ellas mayor énfasis en las modificaciones del medio material y espiritual y en la transformación operada en los individuos más representativos de cada lugar; quienes se convierten en los grandes cómplices de los nuevos conquistadores. En cambio, por contraposición, la referencia menos frecuente es la que concierne a las fuerzas más pujantes, modificadoras de nuevo del estado de cosas, que vienen desde abajo progresiva y firmemente: el proletariado y el ascenso revolucionario. Esto, sin duda, porque lo primero es lo más visible –sobre todo en la etapa inicial– y también lo menos comprometedor. Para reflejar lo segundo hay que saber verlo y decidirse a decirlo.

El proceso general de alusión a los grandes temas, atendiendo al orden jerárquico, es el siguiente: la modificación violenta del ambiente; aspectos diversos de la complicidad interna, de la discriminación y el desarraigo del campesino por la atracción petrolera; manifestaciones más visibles de la corrupción y las calamidades en la vida diaria de los campesinos; el antiimperialismo; el voraz desarrollo de las Compañías y el establecimiento de su suprapoder; el nuevo conquistador más metódico e implacable; la clásica trilogía: agrupamiento sindical –huelga– represión; la excepción o simplemente la fantasía: el extranjero petrolero “bueno”; una conclusión final: el balance de los beneficios y los males.

Notas:

- ¹ Al respecto, apunta José Agustín Silva Michelena: “El descubrimiento e inicio de la explotación del petróleo por parte de potencias imperialistas marca también el inicio de la desintegración de la sociedad tradicional. En primer lugar se modifica el orden de importancia, aunque no la estructura, interna de las fuentes tradicionales de acumulación de capital: explotación del campesino a través del sistema latifundista; el riguroso control de la distribución de los productos agrícolas y el peculado”. (“Hipótesis sobre el cambio social en Venezuela”. En: *Venezuela 1ª*. Caracas. Instituto de Investigaciones de la Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. 1963).
- ² Cifras precisas en cuanto al monto de la exoneración de pago de derechos de aduana para las Compañías y su comparación con los que éstas pagaron por impuestos al fisco en los mismos años, dan una idea más exacta de la situación: un documento del Ministro de Fomento en 1931 revela que las exoneraciones de aduana llegaron en siete años a más de 219 millones de bolívares, mientras las rentas recibidas por el gobierno de las petroleras fueron de poco más de 187 millones; un informe del subcomité de Hidrocarburos de 1939 da estas cifras para 1938: el monto de las exoneraciones es de 95 millones y el de los impuestos de 110 millones; en 1939 el resultado fue el siguiente: más de 64 millones para las exoneraciones de aduana mientras los impuestos mineros –petróleo y otras explotaciones mineras– no llegan a 50 millones. (Datos tomados de: Rodolfo Luzardo. “Peripicias del petróleo en Venezuela”. En: *Andanzas de América*. Caracas. Editorial Sucre. p. 142).
- ³ *Ibíd.* p. 146, encontramos un magnífico ejemplo documental de la actitud, del fiscal petrolero servil. Luzardo incluye el texto completo del mensaje enviado por J. M. Isava Núñez, Inspector Técnico de Hidrocarburos de Maturín, al Ministro de Fomento, en 1934, donde informa, como una gran muestra de generosidad de la Compañía Standard Oil que abra al tráfico “sus” carreteras los días lunes y viernes. El Inspector no pierde la ocasión de destacar que esto le parece “un exponente de las ideas liberales de la Compañía”.
- ⁴ “Las bases económicas y sociales de una aristocracia obrera en Venezuela”. *Revista Economía y Ciencias Sociales*, N° 2. Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, abril-junio de 1963, p. 95.
A propósito de la discriminación laboral en la industria petrolera, Héctor Malavé Mata abre así páginas dedicadas al tema: “No en vano conviene recordar que las compañías petroleras constituyen en el país la industria con mayor ocupación importada. La casi totalidad de los empleados extranjeros –especializados o no–

- son contratados en el exterior con sueldos y condiciones muy superiores a los asignados por empleo local a trabajadores venezolanos de igual capacidad profesional". (*Petróleo y desarrollo económico de Venezuela*. Caracas. Ediciones pensamiento Vivo. 1992. p. 144)
- ⁵ Armando Córdoba apunta al respecto: "La demanda de trabajo incrementó los salarios hasta un nivel sin precedentes, especialmente en los campos petroleros". Y añade un fragmento tomado de: United States Commerce Department. *Commerce Yearbook*. 1926, en estos términos: "La partida de trabajadores de las haciendas ha sido tan extensiva que ha comenzado la agitación por parte de los propietarios de la tierra para lograr que el gobierno detenga los programas de construcción de carreteras y devuelva los trabajadores a las labores agrícolas". (La estructura económica tradicional y el impacto petrolero en Venezuela". *Economía y Ciencias Sociales*, N° 1. Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, enero-marzo de 1963. p. 14).
 - ⁶ Al respecto podría darse, como ejemplo, la información documental ofrecida por Rodolfo Luzardo. Ob. cit. p. 145146 (ver nota 2), donde destaca cómo en las Memorias del Ministerio de Fomento de 1930 y 1933 "hay testimonio amplio de la carencia de servicios médicos o mejor dicho casi ausencia total de tales servicios y de medicinas en la mayoría de los campos petroleros". Y añade un pasaje textual de una carta del Inspector Especial del Trabajo en los Estados Zulia y Falcón al Ministro de Relaciones Exteriores (contenida en la Memoria del Ministerio de Fomento presentada al Congreso de 1937, Volumen I, Sección II, p. 106), en el cual dicho funcionario destaca con todo énfasis la carencia de viviendas para obreros en multitud de campamentos, el estado desastroso de aquéllas en otros, y que apenas en ese año de 1937 dos Compañías están comenzando la construcción de casas a tal efecto.
 - ⁷ Acerca de las desastrosas condiciones de vida de los trabajadores en Lagunillas —y en otras poblaciones—, así como de los riesgos por inseguridad en el trabajo y del propio peligro del incendio, ofrece informaciones directas de gran valor y advertencias denunciatorias ante la opinión pública, la serie de reportajes publicados por Miguel Acosta Saignes en abril de 1936 en el periódico *El Heraldo* de Caracas. En especial posee particular interés y vigor el titulado "En el infierno petrolero", aparecido en dicho diario el 21 de abril de 1936, p. 4.
 - ⁸ Esta SAMOP es calificada por Quintero de "organismo de defensa" de los trabajadores, nacido al impulso de las primeras protestas y pequeñas huelgas. (Ob. cit. p. 95) (ver nota 4)
 - ⁹ Rodolfo Quintero (*ibid.* p. 95), señala que "en 1936 se constituyeron los primeros sindicatos en los diferentes campos petroleros" ...

José Giacopini Zárraga apunta: "...en el año 1936, al comenzar el régimen del Presidente López Contreras, se decretó la primera Ley del trabajo y comenzó con bastante dinamismo el movimiento sindical en el país. Ya en el año de 1936 aparecieron afiliados 107 sindicatos, y la cifra continuó creciendo progresivamente, pero no con mucha rapidez. ("Política de las empresas petroleras". En: *Conferencias de extensión cultural* en la Escuela Superior de la Fuerza Aérea. Caracas, 1962-1963. p. 142).

- ¹⁰ La información respecto al momento de esta huelga es presentada así por Rodolfo Quintero: a fines de 1936 "se paraliza la industria debido a una huelga en escala nacional" (Ob. cit. p. 95) (ver nota 4). De su parte, Rodolfo Luzardo precisa: "La muerte del dictador Gómez abrió campo a la lucha por reivindicaciones sociales. El 14 de diciembre de 1936, la industria del petróleo sufrió su primera sacudida en ese aspecto, al declararse los trabajadores en huelga general, la cual duró 40 días. Los trabajadores obtuvieron aumentos de sueldos y salarios, amén de otras justas reivindicaciones". (Ob. cit., p. 147) (ver nota 2).

La alusión intencionada a lo "político" de esta huelga corresponde a José Giacopini Zárraga, alto funcionario de la Compañía Shell de Venezuela: "En esta época 1936 se produce una huelga petrolera de bastante importancia por motivos políticos, que dio lugar a fuertes fricciones entre el Gobierno y el movimiento sindical". (Ob. cit., p. 142) (ver nota 9).

- ¹¹ Ob. cit., p. 95 (ver nota 4).

- ¹² Joaquín Gabaldón Márquez destaca el efecto aniquilador de la industria petrolera sobre la agricultura y la ganadería básicas para el país y su equilibrio económico con una imagen moderna y activa: "Una dualidad había ahora aparecido en el seno de la economía nacional. Al lado de una industria la petrolera de formidable pujanza, si bien con base de capitales extranjeros, una ganadería y una agricultura que iban a ser desde aquel momento en adelante sujetos enfermizos de la casa, a quienes el Estado paternalista debía en lo sucesivo prestar diversas clases de muletas y gran cantidad de reconstituyentes de acción ineficaz muchas veces para que pudieran continuar moviéndose y viviendo. Un boxeador formidable, de cabellos rubios y ojos azules, con una prole mestiza y multiforme, frente a un enano raquíptico, de piel y cabellos oscuros, y amenazado de que se perdiese hasta su nombre en la ineficacia de su esfuerzo fecundante: tal serían las figuras que objetivaran vívidamente las respectivas posiciones y situaciones de la industria petrolera y de la explotación agropecuaria". ("Las campañas del petróleo. Bases para la definición de una tesis petrolera". En: *Archivos de una inquietud venezolana*. Caracas-Madrid. Ediciones Edime. 1955. p. 394). Héctor Malavé Mata (ob. cit. p. 173. Ver nota 4) enfatiza el efecto nocivo de la organización actual de la industria petrolera aclarando la

realidad de uno de los aspectos más destacados por los “abogados” de las petroleras como el gran beneficio: la llegada de capitales que ayudan al desarrollo del país. Precisa Malavé Mata: “La explotación petrolera valga una vez más el lugar común ha constituido la fuente principal de ingresos fiscales en Venezuela. Sin embargo, como las actividades petroleras en el país han requerido sin mayores riesgos o probabilidades aleatorias inversiones de grandes capitales extranjeros, éstos han contribuido muy precariamente al desarrollo económico nacional en comparación con el aporte que de manera sustancial han dado al proceso de acumulación de capital en los países de donde proceden. En obsequio de realidad puede demostrarse que las inversiones petroleras norteamericanas y europeas ejercen sobre Venezuela una influencia descapitalizadora, en virtud de que los beneficios derivados de la explotación de hidrocarburos en el país son considerablemente superiores por año y acumulación periódica al capital invertido en el desarrollo de las operaciones industriales. Esta desventaja de Venezuela y otros países exportadores netos de petróleo frente a los intereses extranjeros con dominio sobre la geografía internacional del producto debe ser objeto de permanente alerta nacional y, desde ahora, materia de una revisión efectiva que permita una justa participación fiscal en los beneficios de la industria”.

Un buen ejemplo de la opinión “petrolera” que exalta con pasión dirigida los beneficios de la gran industria para el país, se encuentra en José Giacomini Zárraga, “ejecutivo” de la Compañía Shell de Venezuela. A su juicio, los problemas sociales y laborales en los campamentos petroleros se reducen a un “choque de dos culturas” y a la xenofobia de los nacionales... Las penurias de los trabajadores en los comienzos de la industria no existieron, y en cambio sí los buenos salarios, la apropiada sanidad y el conveniente alojamiento. Los perjuicios producidos por esta “industria moderna, pujante y dinámica” a la agricultura y la ganadería fueron sólo momentáneos, y a la postre se han tornado en beneficios por los capitales aportados por las Compañías al desarrollo del país y por ende a las zonas campesinas. El éxodo campesino no ha sido perjudicial, pues en contacto con las ciudades, el campesino “mejoró sus condiciones de vida y su nivel cultural” y hasta muchos de ellos han regresado “en situación más ventajosa a la producción rural”. Giacomini Zárraga remata con una conclusión que es casi una moraleja:

“Las compañías petroleras por su parte, como dijimos, contribuyeron sustancialmente al progreso de Venezuela, trayendo capital, técnicos y maquinaria, contribuyendo al saneamiento y penetración de regiones vírgenes y mejorando la remuneración, condiciones de vida y conocimiento de los trabajadores venezolanos que tomó a su servicio”. (Ob. cit. p. 139140) (Ver nota 4).